

LA MODA PRÁCTICA

AÑO II.

MADRID 13 DE OCTUBRE DE 1909.

NÚM. 94.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color

En nuestra primera plana, tres figurines nuevos de moda y dos blusas.

El primero de la izquierda es un elegante traje hechura Princesa, en paño de color, para adornado de trencilla en el mismo tono. Delantero de forma petillo y manga larga y estrecha con guarnición de brazaletes bordados en *soutache*. Falda ceñida por arriba y formada por abajo por un gran volante fruncido. Adorno de botones de la misma tela ó de pasamanería, plastrón de encaje y cierre por detrás.

El segundo modelo, el del centro, es un vestido muy á propósito para señoritas. El cuerpo-blusa va drapeado á la cintura y haciendo bolsa por delante, y por adorno lleva aplicaciones de la misma tela. El plastrón es de tul. La falda es de tres paños, adornada de bandas en forma con botones de pasamanería. Cierre de la falda y cuerpo, a costado.

El tercer figurín es un vestido de visita, en paño, con guarnición de trencilla y bordado al cordoncillo. El cuerpo lleva una especie de bolero con sobremanga y un petillo triangular sobrepuesto, por cuyos lados aparecen la vista á pliegues de una camiseta en seda. La parte superior de la falda va en canesú de una sola pieza, y de él arranca un volante plegado. Ofrecemos á nuestras lectoras los modelos de estos tres vestidos, por la espalda, en la misma plana.

La blusa colocada á la izquierda es un modelo de gran novedad para teatro, y lleva el delantero fruncido y sobrepujado de una berta plegada de través y adornada de botoncitos.

Guimpé, charreteras y brazaletes de las mangas de entredós de Cluny y plastrón de tul, plegado.

En nuestra doble plana, una curiosísima información feminista sobre la ruca en diferentes países del mundo.

En la última plana de colores, tres figurines para invierno, siendo el primero el modelo de traje para confeccionar en paño ó *cheviot*, con el cuerpo-blusa de delanteros formando bolero, con sobremangas con vistas de un pechero de terciopelo y mangas de lo mismo, afaroladas, que rematan en un puño. Guarnición de botones de pasamanería y de galones de seda bordados. Falda de tres paños, guarnecida como la blusa, corta, con el cierre por detrás, y el del cuerpo por delante.

El vestido del figurín del centro puede confeccionarse en *home-pün*, y se compone de un cuerpo-blusa con delanteros lisos, adornados con trencilla y bordados de *soutache*. El plastrón es de terciopelo, y la manga va plegada en el antebrazo con bocamanga de terciopelo.

La parte superior de la falda es un canesú de una pieza, adornado como

el cuerpo, y la parte inferior la forma un volante fruncido.

Acompañan á estos figurines las vistas, en pequeño, de estos vestidos por la espalda.

En la parte superior de la plana, dos blusas. La primera, la de la izquierda, la forma un canesú plegado, rodeado de un entredós ancho que abarca hasta las submangas. Pechero y mangas fruncidas y puños plegados con brazaletes del mismo entredós.

La segunda es para confeccionar en paño fino, con el cuello y canesú aplicados, de la misma tela. Las mangas son de vuelo, fruncidas á un puño que lleva tira aplicadas y sardinetas abrochadas como las del pechero.



Enlace AS para bordar en ropa de caballero.

EGOS DE LA MODA

Lo mismo que en otros muchos menesteres de la vida, es preciso, al tratarse de adquirir los modelos de moda, que procedamos con orden, con método indispensable y, sobre todo, sin aquellas precipitaciones de que rara vez dejamos de arrepentirnos.

¿A que no me equivoco? ¿A que en alguna ocasión os apresurásteis en la compra de un «último modelo» que lucía en los escaparates y vitrinas de modistas y sombrereras, y luego, pasado el «primer momento», á las dos ó tres veces de usar la prenda, habéis caído en la cuenta de que no os sentaba bien, que era muy exagerado el figurín, ó que se trató de un proyecto de moda no llegado á cristalizar en el gusto de las elegantes? ¿Y cuando ocurre todo lo contrario, aconteciendo que aquello que se os figuraba modelo *ultra-chic*, fué adoptado en seguida por las criadas de servir?... Todo esto se evita no sintiendo locas impaciencias y absteniéndonos de apresuramientos al empezar la estación. No quiero decir que vayamos vestidas de verano en el mes de

Noviembre. ¿Pero no habéis observado la fatal manía de abandonar el sombrero de paja en la primer quincena de Septiembre?

No dejáros seducir por anuncios pomposos con que los comerciantes «madrugeros» tratan de hacer su Agosto en cualquier mes del año. Con el espejuelo de las liquidaciones y saldos, se cazan muchas incautas.

Téngase siempre en cuenta que las evoluciones de la moda se verifican de un modo progresivo, y que los modelos jamás se transforman así, «de sopetón».

Para completar, por último, esta serie de consejos prácticos, y que os pueden servir de mucho ahora que ha llegado el momento de pensar en la *toilette* invernal, no se eche en olvido que también es de mucha importancia, si queréis ir bien vestidas, el no ajustaros en la adquisición de modelos exclusivamente á las reglas que marcan los cánones del último figurín. Tanto como en la novedad, hay que pensar en que los modelos «vayan bien» con el tipo de cada una. Aunque la moda ordene lo contrario, hay que huir de lo que marcadamente desfigura la silueta, ridiculizando el conjunto. Si la moda es tirana absoluta, la mujer, su servidora, debe no obstante estar aperechada á un principio revolucionario ó de protesta, al menos, que no la coloque en disposición de juguete manejado á merced de una niña caprichosa.

¿Por qué una mujer de cara menudita ha de ponerse sobre la cabeza esos colosales arma-

totes que siguen llevándose en sombreros?

¿Por qué la que es regordeta y bajita ha de llevar un abrigo á la inglesa, estrecho y largo hasta el borde de la falda?

El *nosce te ipsum* (conócete á tí mismo), principio de la escuela socrática, debe tenerse en cuenta en cuestiones de moda, como en todas las cosas, y perdónen ustedes, mis bellas lectoras, este alarde modesto de erudición barata.

Las crónicas parisienses nos hablan de una original fantasía: el brazaletes porta-abanico. Una cinta de oro sencillo sujeta con hebilla de esmalte. De la pulsera pende una cadenita con mosquetón, del que se suspende el pequeño abanico Imperio en raso pintado. Trátase de una moda verdaderamente práctica, porque el abanico en esta disposición no estorba nunca, y además evítase el peligro de que se pierda.

Dediquemos un parrafito á la moda masculina. Y hagamos observar que, según los últimos cánones de la elegancia, el sombrero de copa queda reservado no más que para muy especiales circunstancias, adoptándose el hongo para muchas de las ocasiones en que no hace mucho tiempo era de rigor la chistera antiestética. Por cierto que, respecto á los hongos, los últimos figurines vienen con el ala completamente plana.

También son de última novedad los chalecos de seda con arabescos y bordados.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Anagramas para bordar en pañuelos, por «Enlaces».



Enlaces y nombre para bordar en ropa blanca, por «Enlaces».

Elegante "toilette,, de novia ó baile



Dícese de Octubre que es el mes propicio para que los matrimonios que durante su curso se celebran, resulten dichosos.

El amable vaticinio podrá ser más ó menos cierto. Pero lo que sí puede asegurarse es que, en el mes de Octubre, ya están bien definidas las novedades de la moda.

¿Y cuándo va á tenerse más interés en aparecer vestida de modo impecable que el día de la boda?

La memorable fecha no hay quien deje de perpetuarla en el retrato clásico que tanto tiempo después ha de recordarnos venturas ó desdichas.

De todas suertes, el vestido de novia es la preocupación mayor que en cuestiones de trapos tienen las mujeres.

El modelo que publicamos, además de su extraordinaria distinción, ofrece la ventaja de confeccionarse ya de intento para que sirva, no solo como toilette de desposada, sino como traje de gran baile.

Lleva tres pliegues por detrás, y en la delantera con los que se puede atenuar el descote y se le adorna con profusión de vaporosos encajes.

Trátase de un modelo susceptible de engalanarse con ricas decoraciones de bordados finísimos. Respecto al matiz del género, puede igualmente elegirse el de inmaculada blancura como un color delicadamente crema. Dentro de esta clase de crepés, existen en los buenos almacenes rico y variado surtido con las más caprichosas tonalidades.

MADRIGAL

Tu mirada es tan lánguida y brillante
como la estrella que en el cielo luce;
timida y amorosa, me seduce
con su fulgor continuo y mareante.

Tu sonrisa es graciosa, es incitante,
y aunque muy picaresca, no trasluce
falsedad ni perfidia; la produce,
sin duda, un corazón franco y amante.

Me encanta y enloquece esa sonrisa,
y de mi afán la haría único dueño
á no impedirlo tus azules ojos...

¡Martirio sin igual! Aun no sé, Luisa,
si ama mi corazón con más empeño
tus ojos dulces ó tus labios rojos.

R. M.

BORDADOS FACILES



Mantelillo sobremesa para fuentes ovaladas.

Este mantelillo se borda sobre tela graneada matizada de un color bajo.

El dibujo se compone de ramitas de hiedra con frutos, y se ejecuta con se las lavables de tonos verdes y rojas.

Las hojas grandes, con verde oscuro, y las pequeñas, con otro más claro.

Los tallos, con rojo oscuro, y los frutos con un tono vivo, bermellón.

El festón que rodea el mantelillo puede confeccionarse con el tono verde.

LA DUDA

Anochece; la luz faltaba poco á poco y, sin embargo, continuaba tenazmente Alejandro su trabajo. Una dificultad le tenía subyugado hacia gran rato. Había ya roto tres ó cuatro puntas al lápiz, los pedazos de papel pautado yacían á cientos por todas partes, la goma de borrar ardía de tanto frotar fusas y semifusas y la dificultad crecía por momentos, faltándole la tranquilidad para ver las cosas claramente.

De la alfombra que cariñosamente resguardaba sus pies del frío de las baldosas de su pobre cuarto de músico, salía un espeso polvo, huyendo sin duda de los tacorés que la golpeaban con un trémolo digno de una obra de Strauss. La silla crujía, y á pesar de estar en un día frío de Enero y que la estufa se había apagado, un argustioso sudor inundaba su frente.

De pronto, en un momento de furor, arrojó el lápiz, la regla, el papel, dando un grito de cólera: Estrujó el trabajo entre los dedos, dió un puntapié á la mesa que rodó con estrépito y... quedó atónito al levantar la vista. El piano, que está á enfrente de él, sonreía desdenosamente; la tapa, entreabierta, le dejaba ver una dentadura impecable. Fijóse atentamente y vió que se reía; un temblorcillo muy significativo sacudía su corpachón medio oculto en la penumbra del cuarto. Lleno de terror se disponía Alejandro á huir, cuando una cargada sonora, grosera, brillante, que recorrió todo el teclado, le dejó clavado en la silla. Creyó desmayarse de miedo. El piano seguía riendo que te ríe, la tapa se movía descompasadamente y de vez en cuando oíase un pequeño ¡ay! de alegría y dolor; el ¡ay! lanzado por una persona que cree morir de risa. Miró á todas partes buscando una explicación á este extraordinario fenómeno: el terror que le asaltó en un principio se convirtió en ira feroz contra aquel imbécil de instrumento que, sin ton ni son, se reía tan descaramadamente. Entonces, con todos sus pulmones, le gritó enseñándole los puños: ¡imbécil!

—¡Imbécil, tú!, le respondió con un chillido agrio, en el que como en horrible orgía se mezclaban los sostenidos y bemoles del registro agudo.

Alejandro creyó haberse equivocado, creía ser víctima de una ilusión de acústica; sin duda el destartado cuarto había recogido su voz para devolverla desfigurada. Todo quedó en calma, menos su corazón y su cerebro; éste divagaba locamente, y aquél golpeaba su pecho como si tratase de romperlo.

El piano había quedado en silencio; la tapa, herméticamente cerrada, no enseñaba ya su blanca dentadura, y del movimiento convulsivo de toda la caja no quedaba más que una

inmovilidad completa. Sintió entonces una cosa extraña, el deseo de renovar la escena que poco antes le había llenado de terror, y sin poderlo remediar, gritó al piano: ¿De qué te reías, imbécil?

—¡De tí; ja ja ja, ji ji ji, de tí!—le contestó al riendo desmesuradamente la boca y haciendo temblar toda la habitación á impulsos de la sacudida que ocasionaba su exuberante hilaridad.

—¿De mí, de mí? le contestó Alejandro.

—Sí, de tí, tontc, más que tonto!

—¡Calla, hijo de mala fábrica, calla mal organillo!

—¿Por qué he de callar?—le contestó con un rugido lleno de disonancias. Estoy harto de verte y de sufrirte. ¿Crees que pienso aguantarte por más tiempo, sufrir la injusticia de tu ineptitud? ¿Crees que pienso seguir devolviéndote las malas melodías que fabrica tu cerebro? ¡No y no, mil veces no; estoy harto, viva mi libertad!—gritó en sí mayor, cuyo color rojizo le rompió el tin panc—

—¿Malas mis melodías?—respondió el artista—¡Mentira! Tú tienes la culpa si no las entiendes, ó si no les das toda la brillantez ó toda la dulzura que yo pongo en ellas!

Lleno de ira cogió lo primero que le vino á la mano, una regla, y se la tiró con toda la fuerza de que pudo disponer. Dió en el blanco; el piano, lanzando un grito de dolor, extendió los candelabros, que se alargaron desmesuradamente como dorada antena; rápidos como el rayo le cogieron por las solapas de la chaqueta, le levantaron en alto, le zarandearon de arriba á bajo, de izquierda á derecha, le sacudieron ferozmente y por último, brutalmente, le volvieron á sentar en la silla.

...Algo más calmado, sin duda por la clase de argumentos que empleaba contra él, le preguntó humildemente:

—Dime, ¿por qué me insultas hace un rato?

—Mira—le contestó con calma—hagamos las paces; yo en el fondo te quiero—aquí su voz tomó una inflexión delicada, en sí menor—; eres bueno y trabajador; pero no puedo menos de reirme al ver tu carácter indómito y tus nervios saltar locamente por cosa tan baladí...

—¡Baladí! ¿No sabes que hace más de dos horas que...?

—Sí, lo sé y me reía al pensar que parece mentira que los hombres busquen la gloria ó el dinero á costa de tanto trabajo y tanto sacrificio.

—Te engañas—le dijo con alguna violencia—; no busco ni lo uno ni lo otro; no, mi arte es el todo para mí, es lo único que quiero y persigo; el dinero lo desprecio, la gloria no me importa.

—¡Ah, te equivocas! Tú y todos los artistas ambicionáis lo

uno ó lo otro, unos más el dinero que la gloria, otros más la gloria que el dinero; pero, al fin y al cabo, ese es el fin de vuestros esfuerzos.

El artista, tal y como es la vida en los tiempos modernos, produce algo por... su propia satisfacción; pero en el fondo la gloria es la que le seduce, el dinero es lo que le atrae. No producís ya como producían Bach y otros; pagáis el justo tributo al materialismo que os rodea.

—Pero aunque así sea—le dijo Alejandro—¿qué importa? Si el artista, para conseguir eso que tú dices ser la finalidad de la obra; si el artista, digo, no emplea medios indecorosos, si ante todo el supremo fin es el arte y si no hace concesiones al público inculto, si persigue la gloria y aun el dinero sin olvidar su dignidad de artista, ¿esto es censurable?

—No—le dijo en mi hemol mayor—, no; pero es tonto, tonto, y matadamente tonto.

—¡Tonto!—exclamó estupefacto.

—Sí; primero, porque así veo imposible que llegues nunca, y continuamente te verás vencido por otro con menos escrúpulos y menos conciencia que tú; y segundo, porque aun considerando que llegues á la meta que te has propuesto, ¿crees que esta lucha dolorosa y continua en busca de la creación perfecta, se verá recompensada alguna vez por los hombres ó por la fortuna?

—¿Qué duda cabe? Ahí tienes á...

—Calla—le replicó—, sé á quién vas á nombrar; ese que tú consideras como el prototipo del artista lleno de riquezas y de glorias; ese no es nadie.

La voz del piano tomó en este momento inflexiones deliciosas con cambios inarmónicos.

—Su dinero... Compáralo con el acumulado más rápida y fácilmente por un almacenista de garbanzos, por ejemplo, por un fabricante cualquiera. ¿Su gloria?...

—Al menos de su gloria no dudarás—le interrumpió Alejandro.

—Ya lo creo que dudo—le dijo en una sucesión extraña de séptimas disminuidas—; ¿cuál es su gloria? La gloria, una centésima parte de segundo en el tiempo, una centésima parte de un milímetro en el espacio. ¿Se la ve, se la aprecia?

—¿Cuál es, cuál fué y cuál será la gloria de Kálidasa? Ninguna. Compara los cientos de millones de hombres que no le han conocido ni le conocen, con los que pronunciaron ó pronuncian su nombre con respeto y admiración.

—Pero ¿qué importa?—le dijo.—A la satisfacción del artista, debe bastarle el respeto y admiración de un solo hombre.

—¡Pobrecillo! Un solo hombre, dices. ¿Qué ilusión! ¿Qué es un hombre para la gloria? Nada; llega un día en que tú y tu admirador morís, y luego, ¿dónde está la gloria,

dónde las tumbas de Praxiteles, de Homero, de Fidias; dónde estarán para los hombres del porvenir las de Wagner, las de Schumann, las de mil otros, en fin?

—No me repliques!—le dijo en un acorde de sexta seco y duro, no.—¿Qué sois los artistas, buenos y malos, para la inmensidad del mundo, del universo en la acepción más vasta de la palabra; quién os conoce en esos miles de mundos que nos rodean, que es la gloria de César, de Shakespeare, de Napoleón, de Virgilio, de Beethoven, de Sófocles? Sin salir de nuestro planeta, aquí, junto á nosotros, háblale de ellos á tu portero, háblale de ellos al aldeano, al africano, al esquimal, al antropófago, y te mirará estúpidamente. Habla al matemático, de Byron; al poeta, de Pitágoras; al filósofo, de Paestrina; al músico, de Krauss, y se te encogerán de hombros.

En este momento unos dulces arpegios de séptima recorrieron toda la gama del organismo de mi amigo; sintió el artista en su alma una profunda melancolía.

Timidamente, le dijo:

—Oye, buen amigo. ¿Acaso no existe el placer del trabajo? ¿La producción no es causa de íntimas satisfacciones?

—Craso error; el artista, el verdadero artista, podrá por un momento disfrutar de esa felicidad que hablas; pero esa felicidad, luego, no será más que triste desventura. El artista debe sufrir porque es víctima de la desigual lucha entre el ideal y los medios de acción, entre la perfección soñada y la imperfecta realidad, so pena de ser un ingenuo, y aun así y todo, sufrirá menos el artesano, el obrero que disfrute de esa envidiable cualidad.

Una desconsoladora sucesión de cadencias rotas le hizo estremecer. Cuando se hubo repuesto, le dijo:

—No me negarás, al menos, el fin educativo del arte; no me negarás que la vida será soportable, que el hombre será más feliz cuando el arte forme parte integrante de su existencia, y que los artistas debemos ir unidos á los filósofos, á los inventores, á los estadistas, para conseguir la felicidad humana.

Un ruido sordo, de horribles disonancias, le interrumpió:

—¿Historias del otro mundo son esas? No te creo. Eres un loco, un señorador. ¿Cómo, por dónde, un buen cuadro, un buen drama ó una buena sinfonía ha de hacer la felicidad del hombre?

—No me interrumpas—prosiguió—; te he comprendido; no detallo; hablo en general. ¿Qué Grecia, y quién te ha dicho á tí que el Arte en Grecia precedió á su grandeza ó viceversa? Y además, ¿la grandeza es acaso el bienestar? ¿Quién es más feliz, tú ó un habitante de las riberas del lago Tehad?

Por el Arte el hombre no llegará á la felicidad, no; en todo caso, muchas y muy buenas fábricas, muchas...

chos adelantos en la química, mucho práctico y poco ideal; ese, ese será el fin de la humanidad triste. ¿El Arte, acaso, no descansa en una mentira, en una ficción? ¿No es tu vida un contrasentido? ¿Qué haces? Nada: sufres, lloras, ríes y trabajas; luego la humanidad, ¿qué?

Tus medios, comparados á los de la naturaleza, ¿qué son? La vida es el supremo egoismo; el arte es lo contrario; no quieras dar al arte la fuerza ó los medios de que no dispone; no llegues por ese camino á la exageración de algunos locos, que dan por ejemplo á la música virtudes terapéuticas, ¡qué risa! Compara una sinfonia de Beethoven con una cucharada de bicarbonato para los dolores de estómago, ó con una canisa de fuerza para las enfermedades mentales, y verás. No, pobre amigo; créeme, tira el papel, la pluma, abandona el contrapunto y busca la felicidad de un modo más práctico y corto. El

arte es la muerte, es el desprecio, es la lucha contra la nada; es, en una palabra, la *inutilidad*; porque ni tú, ni miles superiores á ti, seréis capaces de llegar á la perfección, y aun suponiendo que llegáseis, como sois hombres, los hombres han de juzgaros y apreciaros, y no os entenderían, y si os entendiesen pasadas un par de generaciones, os echarían en el rincón del olvido; por eso vuestro esfuerzo es inútil, completamente inútil, y vuestro esfuerzo ó vuestro genio será locamente malgastado.

Llegado que hubo á este punto, sintió Alejandro un aguijón que le traspasaba el alma, sintió la inutilidad de sus esfuerzos y de sus ideas, y hubiese querido que su amigo, abriendo desmesuradamente su enorme boca, le hubiese tragado, masticándole en un acorde del de tercera mayor y cuarta aumentada, el más vago, á la par que el más doloroso de los acordes...

Era completamente de noche; un silencio profundo reinaba por todas partes. De pronto, un horroroso trémolo en segunda menor, le gritó al artista con fuerza inaudita y acento entrecortado:—¡Piensa en todo esto, iluso! ¡Piensa en todo esto, loco, más que loco; piensa, piensa...

Una escala cromática, descendente, rápida, implacable, se sepultó en las profundidades de la caja sonora. Fué la señal, Alejandro huyó...

Al día siguiente fué á ver al almacenista que le había alquilado el piano, y le rogó que mandase inmediatamente á recogerlo.

Así fué; pero la calma no endulzó la mente y el corazón herido del artista.

Sentía por momentos un irresistible deseo de volver á poseer el maldito piano; un día llegó hasta la puerta del almacén, pero tuvo la fuerza de volverse á tiempo... Por fin, sucumbió y entró en aquella tien-

da, reclamó de nuevo el piano y le contestaron:

—Tendremos que darle á usted otro, pues el que usted tenía se alquiló ayer al compositor X...

Preguntó, indagó las señas de su infortunado colega, y creyendo cumplir con un deber de conciencia, se encaminó á su casa para advertirle.

Al llegar á la calle donde vivía, vió á la puerta de su casa un grupo de gente.

—¿Qué sucede?—preguntó á una vieja que con unas amigas discutía acaloradamente.

—¡Oh, señorito, un horror! Un pobre artista, un músico que vivía en la buhardilla de esta casa, que se ha tirado por el balcón, estrellándose contra las losas de la calle.

—¿Sabéis quién le ha tirado?—gritó Alejandro con congoja en la voz y con la muerte en el alma:—¡La duda!

ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUD.

COSAS DE PARÍS

LA CONDESA TROUBETZKOY Y SUS LOBOS



La esposa del célebre escultor ruso, conde de Troubetzkoy, acompaña á uno de sus lobos.



La condesa de Troubetzkoy en el jardín de su hotel cuando de comer á sus lobos.

París es inagotable, y siempre en el barbotar infinito de aquella gran marmita de sentimientos, flujo y reflujo de personajes, de vida, luz, vicios, penas, crímenes, alegrías prosperidades, suicidios, encumbramientos y continua agitación del polvillo aureo de su atmósfera que á cada momento convierte en brillantes estatuas de purpúrina al que se crea más insignificante, hay siempre algo á diario, que subiendo de tono sobre la armónica orquesta de la prosaica vida, resalta materia modelable á la actualidad, á esa insaciable zurcidora del chisme extraordinario.

Desde el apache ruin á la gran dama empingorotada, no hay sino ponerse la careta de alambre sobre el semblante y salir á la calle con el chaleco abrochado á la espalda, para que los repores espóntáneos y trahumantes de la gran urbe que chapotea continuamente sobre el trottoir de los boulevares, os dé la patente de personaje raro, tonto, extraño, imbecil, sábio ó anti pático.

Hace pocos días, los asiduos concurrentes al Bois de Boulogne andan intrigados por la presencia de una interesante, bella y elegante dama, que á pie camina por las alamedas del famoso parque, llevando como si fuera un falderillo, todo un señor lobo.

Es la esposa del célebre escultor ruso conde de Troubetzkoy, y el lobo que la acompaña es un animal completamente domesticado y de muy buen carácter. Se hace fi de sí con todo el mundo y cubre con su temprana edad, pues apenas si cuenta catorce meses, su ataraleza feroz y salvaje.

Madame Troubetzkoy posee, además del lobo que le acompaña á paseo, otros más pequeños de una cría, y con ellos juega y se entretiene en su lindo hotel de la calle de Wber, 25, mientras su esposo se dedica á modelar estatuas. Excusado es decir que la esposa del escultor ruso lleva casi siempre detrás un corte de infinitos curiosos, y que es en la actualidad a mujer de moda de París.



Campeñinas alemanas trabajando en la rueca.

Progresos de la mecánica abolieron, triunfantes, el trabajo manual, y casi todas las industrias que debían su origen a las habilidades y paciencias del personal esfuerzo, se desarrollan hoy con el valimiento insuperable de poderosas y perfectas maquinarias prosaicas. Apenas si dos ó tres antiguos procedimientos continúan hoy con señales de vida, y entre éstos el hilado de los tejidos por medio de la rueca perdura en todas partes con el mismo perfume de bucólica poesía.

La rueca la forma un palo de algo menos de medio metro de largo, en cuyo tercio superior tiene la forma de castillejo, terminado por un pequeño gancho para fijar y envolver en ella el copo de algodón, lana ó seda que se trate de hilar, y que se pone sumamente flojo para que sea fácil desprenderle poco á poco de aquélla: es un instrumento muy usado todavía en multitud de poblaciones rurales por las mujeres que se dedican al hilado y hasta el tejido de las ropas de su casa: es compañera inseparable del huso. La hilandera coge la rueca cargada con el copo entre el brazo izquierdo y el cuerpo, apoyando en la cintura el extremo inferior de

LA RUECA

COMO SE HILA EN DIVERSAS PARTES DEL MUNDO



Paisana de Noruega rastrillando el lino.



Anciana de china hilando con una rueca de las más antiguas.



Sencillos tornos combinados de que se usa en África.

RUECA

DIVERSAS COMARCAS



Aldeana de Turingia manejando el torno.

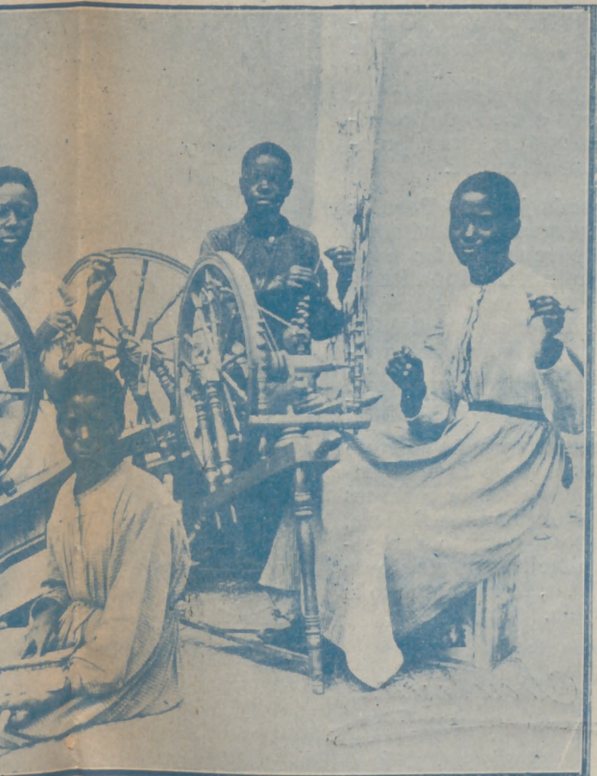


Procedimiento empleado en los pueblos de Rusia.

aquella; la mano izquierda está más cerca de la rueca que la derecha, distando una de otra unos cinco centímetros; cogen, entre ambas, la hebra del copo, y tirando de ella, la van desprendiendo de la rueca con la mano izquierda, y estirando y torciendo con la derecha, después de haber fijado en un gancho que lleva el huso el extremo del hilo, sacando hebra nueva hasta que esté torcida toda la que hay entre ambas manos y que por un movimiento de rotación que imprimen al huso que está colgando, con maña especial que sólo la práctica puede enseñar, forman un hilo muy fino, que se arrolla en el huso, enganchándole de nuevo para continuar la operación.

Este procedimiento de la rueca y del huso es muy antiguo: data nada menos que del origen de los tejidos, y tal como entonces se practicaba se hace hoy.

El hilo que resulta por este sistema es bastante desigual y el trabajo muy lento, por lo que el hilado con la rueca quedó reducido a un trabajo doméstico de la mujer campesina que, aplicada a la rueca, surte a sus hijuelos de lo necesario para vestir la indumentaria humilde de los sencillos habitantes aldeanos.



Los modos de que se sirven las jóvenes africanas.



Campesinas polacas trabajando en el campo.

Estafeta de La Moda Práctica

Balá y Loló.—Puedo asegurarle que no he recibido la carta á que se refiere y que dice firmaba con el pseudónimo de *Blanca nieve*.—Los polvos de tuberosa son, en efecto, excelente perfumador para el papel de cartas.

Mucho me extraña que no los encuentre en las perfumerías de esa. No son conocidos por otro nombre. Aunque ya le digo, que ese aroma es el preferido por mí para el indicado objeto; si no lo halla, use usted otro. Su letra es tan buena como la ortografía. ¿Qué quiere usted que le cuente de Madrid? Ahora, con el mando del Sr. La Cierva, no lo conocería ni el oso que figura en su escudo.

J. P.—Use siempre *Agua Africana Emilmat*.

Clarita.—En España todo ciudadano es autor dramático, mientras que no tome en serio la tarea de mostrarnos que no lo es. Por tanto, poco me puede extrañar que usted, á pesar de ser de Cogolludo, haya escrito un dramita. Bromas aparte, yo creo que, entre las dudas que me expone para desenlazar su producción y las preocupaciones que le acarrea las vetas que aparecen en sus cabellos, debe usted dedicarse, en absoluto, á cuidar de las últimas principalmente, porque lo uno tiene fácil remedio, y lo otro es de solución difícil. Por lo menos, yo sólo puedo aconsejarle respecto á lo del pelo, para lo que le recomiendo el Agua Oriental, siempre que no persistan sus intenciones de hacer otro drama, pues en ese caso, ningún producto impedirá que se vuelva usted canosa y hasta calva del todo.

Una cubana en Barcelona.—Vea usted lo que en este mismo número recomiendo á Clarita. Con tal remedio podrá usted combatir victoriosamente lo de los mechones blancos. Para adquirir los productos que desea, ya que no los encuentra en esa, diríjase á una buena perfumería de esta corte. ¡Ah! Y muchas gracias por el regalo capilar con que me obsequia. Prometo guardarlo en un relicario.

Tempranica.—Combata esas arruguitas con que prematuramente se estropea su lindo rostro—me atengo á su propia declaración y ¡viva la modestia!—con lociones de Agua de la Belleza, en lo que ha de encontrar un remedio eficazísimo, como asimismo le recomiendo la misma agua contra el paño que también invade esa preciosidad de carita.

P. F.—Sí, recibimos su cupón y entró en suerte. En cuanto al consejo que me pide, me parece indicado use el mismo remedio que tan bien sienta á su amiga. Contra la caída de los

cabellos, use el aceite de ricino, la brea, la quinina ó el azufre, preparados en dosis más ó menos fuertes, aunque el verdadero remedio que para esto hay, son las inyecciones subcutáneas de pilocarpina, administradas por un profesor médico.

Luisa.—Lo mejor que se conoce para que el cutis quede espléndido de belleza es la crema *Izur*, que hace adherirse los polvos y evita que lo estropeen. La hay en casa de Núñez, Postas, 17 y 19.

San Juan de Luz.—Usted, que ha nacido en Francia, debe saber que sus paisanos no tienen rival en lo de inventar cosas para hermosearse, siendo una de ellas el descubrimiento de los polvos *toujours vingt ans*, que aterciopela el cutis, dándole sonrosado blancor.

Una viudita.—Me pasa lo que á usted. No conozco esa fórmula, y tampoco puedo acertar lo que los franceses conocen por flores *d'Oroin*. Respecto á su otra pregunta, es cuestión de poco dinero. Es una fórmula conocida que se expende mucho.

Chinita.—Para el grietado de los labios se recomiendan lociones emolientes de altea y pomada de cohombro, y acerca de lo que me dice del tinte para negrear los cabellos, le aconsejo use la receta del *Jouvence*.

Una mecanógrafa.—Los dos extremos que abrazan su carta, quedan contestados si se toma usted la molestia de ver lo que respondo á las consultantes que firman sus preguntas con estos dos pseudónimos: *Una cubana en Barcelona* y *San Juan de Luz*. Contra el sudor de las manos, lavarlas dos ó tres veces al día con una preparación que se hace mezclando quince gramos de tintura de belladona con noventa de Agua de Colonia.

Una madre que bendice á Bebé.—Si pasó el período de la luna de miel, no intente usted que su señor marido se muestre ilusionado con los entusiasmos primeros. Procure, mejor, consolidar un afecto tranquilo y hondo, fuente de venturas para la prosperidad de la familia. No quiere decir esto que abandone su físico; pero, ¡cuidado con las coquetterías! Queda usted advertida prudentemente, y paso á darle cuenta de dos recetas que me pide. Para la hermosura del busto, siga un régimen alimenticio, basado en la abundancia de féculas y materias azoadas; tome mucha cerveza y aguas arsenicales. Al propio tiempo, y como remedio local, debe usted aplicar al pecho, y durante el sueño, unas compresas de naranjas bien maduras cocidas, seis horas, en aceite de lino. Al día siguiente, lavarse con agua muy

fría, alcoholizada, y á la que se agregan algunas gotas de tintura de benjuí.

Para la higiene del cutis, y con el fin de que le desaparezcan las pecas, use usted diarias lociones de Agua de la Juventud, insuperable también para combatir las arrugas prematuras.

Los cupones se reciben perfectamente, depositándolos en nuestro buzón.

S. H.—Para lo que usted me pregunta, claro es que hay que esperar que se organicen Exposiciones al efecto. Aquí, en el periódico, hicimos una el año pasado.

La Pilarica.—No puedo contestarle acerca de lo que trata usted en la primera parte de sus consultas. El tema es resbaladizo de suyo. Respecto del consejo que de mí solicita para que logre usted igualar el color de sus cabellos, le recomiendo el Agua Oriental, que opera de un modo progresivo y seguro.

Lolita.—Pida usted *Belleza Venus Emilma*.

Una morena y una rubia, hijas de Madrid.—Para lo de los trajes, vean ustedes figurines que publicamos abundantemente en este periódico y con su oportuna explicación.

Para quitar las manchas de que me hablan, ruégoles examinen los artículos que hace dos ó tres números publicamos en la sección *Charlemos*.

Para blanquear el busto, nada como fricciones de buena Colonia, y después, espolvorearlo con la receta de los polvos *toujours vingt ans*.

Los puntitos negros de la nariz combátalos ustedes con el mismo remedio que en este número aconsejo á la suscriptora que firma su consulta con el pseudónimo *Una madre que bendice á Bebé*.

Morenito de Algeciras.—Perdone usted, hijo mío; pero al no alcanzárseme cómo á un caballero puede preocuparle el tinte mate de sus mejillas, apenas puedo decir otra cosa que ¡zapal!

Pedro Minio.—Guy de Maupassant, Alfredo de Musset y el divino Verlaine.

Suscriptoras.—La fórmula de la tintura *Jouvence* es admirable para lo que me indican, sobre todo por la rapidez de sus efectos, y pueden encontrarla en los buenos establecimientos de perfumería.

Semifusa.—Limpie esos muebles con una sustancia que venden ya preparada en las droguerías y que se llama nogalina. En cuanto al libro que desea, el mejor es *El Practicon*, de Angel Muro.

Una que opina que España.....—No le extrañe á usted

que corte el pseudónimo con que firma su carta. En los tiempos que corremos podríamos ir á la cárcel usted, yo y hasta el ordenanza de LA MODA PRÁCTICA. Usted también me es sumamente simpática. Por ello es mayor mi pena al no serme posible contestar á la baraunda con que en su epístola me habla de los fenicios, de Cleopatra, de las glorias de nuestro Ejército y del Padre Santo.

Tenga usted cuidado con esa cabecita. Enhorabuena por que sienta usted correr por las venas sangre de héroes, y en cuanto á las protuberancias del cuero cabelludo, lo mejor es que vaya á ver á un médico, Hipócrates ó Galeno, que diría usted en su especial lenguaje.

Carmen.—Lo mejor es la *Mixtura Emilmat*.

Spleen.—No digo que no se publique en LA MODA PRÁCTICA algún folletín; pero esto, amiga mía, son cosas de la dirección del periódico, en las que yo, su humilde redactora, no me debo inmiscuir. No obstante, he dado de su carta la cuenta oportuna.

Aburridísima.—Lamento ese estado de su alma. ¿Por qué no me ayuda usted un poquito en el despacho de la correspondencia y se le pasaría ese spleen? Al mismo pseudónimo he contestado dos veces en números anteriores. A falta de otras cualidades, presumo de tener excelente memoria. Tanto el Agua de la Juventud como los polvos «Siempre veinte años», son excelentes remedios para combatir lo que me indica, y son fórmulas que puede usted hallar en las buenas perfumerías.

No debe una señora acompañar hasta la puerta al caballero que se despide. Cumple, cortemente, haciéndolo desde susilla y sin levantarse de ella.

Las levitas se llevan largas, aunque dado el tipo que describe, no creo que sea ésta la prenda que le sienta mejor.

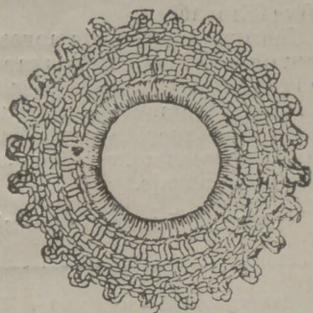
Una casada joven.—¿Pero es posible que muestre usted tanta extrañeza porque no le tocó los regalos que rifa LA MODA PRÁCTICA mensualmente? ¿Qué fe tiene usted en su suerte! Yo puedo asegurarle que sus cupones entran en el cesto. Después incomódese con la señora Fortuna.

Esas manchas y paño con que se altera su cutis, le desaparecerán haciendo uso de lociones diarias con Agua de la Belleza, y en cuanto al consejo que solicita para facilitar el rizado de cabellos lisos, le recomiendo la cerveza tibia.

La Secretaria.

LABORES DE CROCHET

Los espíritus que hemos con-
venido en llamar *fuertes*, aque-
llas gentes que, infiltradas de
las teorías modernistas, lo des-
deñan todo, convirtiendo en vil
prosa los más sencillos y ama-
bles procederes, se permiten ha-
cer burla hasta de los tiernos
hábitos que en todo tiempo fue-
ron de encantadora ingenuidad.
En los colegios modernos y de
lujosa instalación educase á las
niñas á tenor de las insubstan-
ciales reglas que informan la
vida social de las clases privile-
giadas; y así como antaño ense-
ñábase á las discípulas entrete-
nidas y lindas labores caseras,
hoy se las adiestra en las prác-



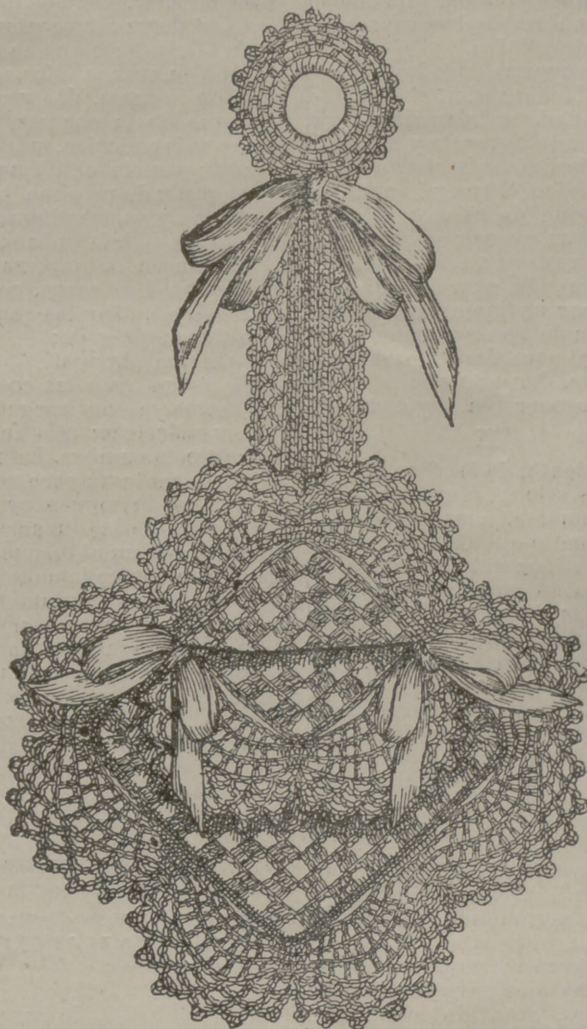
Detalle del anillo

ticas de salón, iniciándolas en
los misterios del *flirt* y en los
ejercicios de la *danse, esprit* y
automovilisme.

Cualquier mamá del gran
mundo quedariase horrorizada
y tachando á las profesoras de
su hija del delito de cursilería al
aparecer el tierno retoño en
casa, cuando las vacaciones de
Navidad, con una bella labor
casera para regalo á sus padres.

Verdad es que, desde tiempo
inmemorial, el obsequio cole-
gial de nuestras hijas consiste
en unas zapatillas bordadas, en
un acerico ó en una relojera de
tapicería ó de encaje. Mas, ¿por
qué no agradarnos esta sencilla
tradicción? ¿En virtud de qué
nobles sentimientos han de pa-
recernos mal estos infantiles
agasajos, que por lo mismo de
ser consuetudinarios debería-
mos mirarlos con todo el cari-
ño de su misma poesía ingenua?

Desengañémonos. Hay que
dejar los hábitos *ultra-chics* pa-
ra otros momentos que no sean
aquellos en que se ventile la
educación de nuestras hijas, y
holguémonos mucho al llevar-
nos la nena el día de nuestro
santo las colegialas labores que
aprendieron, dichosas, en la

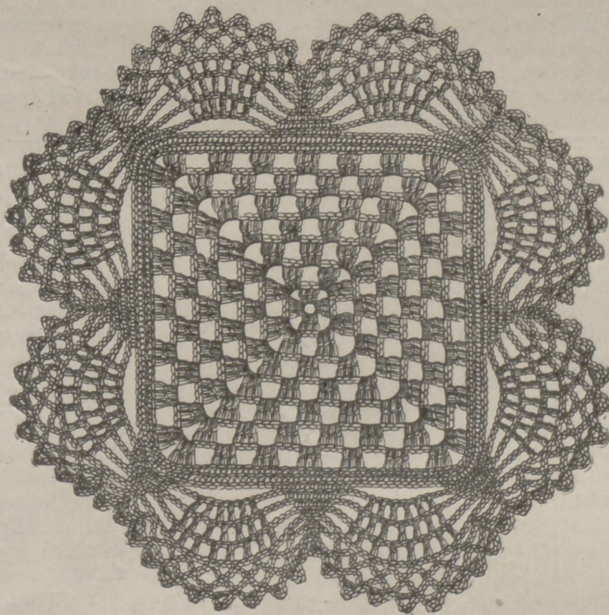


Relojera de encaje

tranquilidad augusta de la pen-
sión modesta.

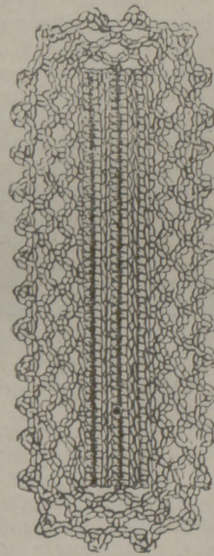
Y probado ya que no son
cursis estas laborcitas, veamos
cómo se hace una de las mas

bellas. Trátase de una relojera
de crochet, ejecutada en hilo
crudo número 60 y en hilo azul
pálido del mismo color. Se com-
pone de cuatro piezas: el fondo,



La relojera propiamente dicha

el bolsillo, el tronco y el anillo.
De todas ellas damos por sepa-
rado la correspondiente figura
para mayor claridad, y á fin de
que con el modelo á la vista
puedan seguirse al detalle las
curiosísimas combinaciones
que darán por resultado la ele-
gante perfección de esta linda
prenda.



Detalle del tronco

Constrúyase aparte cada una
de las piezas, que luego, en el
montaje cabe también el mayor
ó menor arte de unir las, adorna-
ndo el todo con bellas cintas.

Cúidese mucho de que el cro-
chet esté ejecutado con toda
limpieza, haciendo el punto con
detenimiento y siempre á la
vista el oportuno modelo.

Así como el hilo, se puede
emplear también el cordón de
seda, y en cuanto á los matices,
ya cabe en esto la mayor varie-
dad de gustos.

El azul pálido resulta muy
bien; pero esto no quiere decir
que dejen de *salir* muy lindas
las relojeras de crochet en se-
das verde, granate ó azul mari-
no, teniendo cuidado, por su-
puesto, de que las cintas del
adorno sean del mismo color.

Como véis, se trata de un tra-
bajo facilísimo y con el que se
pueden lucir y agradar á sus
padres las colegialas de doce á
catorce años.

Con que ánimo, jovencitas!,
y manos á la obra, y después de
hacer la relojera, empezad las
clásicas zapatillas bordadas.

¡Aunque rabien los moder-
nistas glaucos más ó menos li-
liales!

EL CORNETILLA

Episodio heroico de la guerra en el Rif.

I
Diez horas llevaba la brigada de Cazadores de Madrid en un continuado y nutridísimo fuego; diez horas de sangriento y empeñado combate, en el que nuestros bravos soldados suplían con su valor y arrojo la gran ventaja numérica que sobre ellos tenía el enemigo.

Diez horas de lucha heroica, sublime, teniendo que batir al enemigo en las escabrosidades del terreno, desde donde les fusilaban á mansalva, teniendo que avanzar paso á paso y á pecho descubierto bajo un diluvio de balas que diezmaba horriblemente á los bravos cazadores, sin que ni un momento se advirtiese en sus filas síntomas de cansancio y desaliento. Un sol africano contribuía á hacer más desigual la luz, aniquilando físicamente á aquellos cuerpos que no tenían otro alimento que un poco de café tomado momentos antes de entrar en fuego; pero no desfallecen; el supremo y augusto amor á la patria les hace sobreponerse á sí mismos, y los bisoños soldados luchan heroicamente en aquel su bautismo de sangre.

Cuatro ó seis veces han tenido que cargar á la bayoneta para desalojar á los rifeños de sus casi inexpugnables peñascales, y otras tantas han visto huir al enemigo, que corría á refugiarse en las lomas próximas.

En el ardor de la lucha, un batallón, el de Cazadores de Madrid, se ha separado notablemente del resto de la fuerza, y se ha visto solo y casi rodeado de rifeños que le batía horriblemente por el frente y sus dos flancos.

Ha tenido que detenerse en su intrépido avance y presentar tres frentes al enemigo que amenazaba envolverle.

Situado en una hondonada, cuyas inmediatas alturas, llenas de chumberas, estaban cubiertas de moros, se encontraba en una situación comprometida. El núcleo principal de enemigos estaba en la colina que daba al frente y desde donde el batallón recibía un fuego horroroso, sin que le permitiese avanzar ni un paso.

Había que tomar aquella colina á todo trance, costase lo que costase, pues de lo contrario no tardarían en verse envueltos y completamente deshechos.

Así lo comprendía el teniente coronel jefe del batallón, que veía cómo el enemigo, cada vez más numeroso, se corría á derecha é izquierda, sin que le fuese posible contenerle. Claramente se le alcanzaba que no había más que un medio, medio heroico y supremo, para desalojar al enemigo de sus posiciones; el ataque á la bayoneta.

Vacilaba antes de lanzarse á él, no porque dudase del valor de sus «muchachos», sino de su resistencia física, quebrantados como estaban de todo un día de

combate, sin un momento de descanso, extenuados, muertos de hambre y de sed, que hacía aún más horribles los ardores de un sol de castigo.

Sabía que sus soldados, al grito de ¡Muchachos! ¡Arriba! y ¡Viva España!, tendrían alma para asaltar á la bayoneta y á pecho descubierto la más alta cumbre del fatídico Gurugú, aunque una legión de rifeños se opusiese á su avance; pero temía que su resistencia física les hiciese traición, aun cuando sólo fuese por un momento, de cuyo instante se aprovecharía el enemigo para fusilarlos impunemente. Por esto vacilaba en mandar tocar á la bayoneta.

II

De pronto, de las filas de Cazadores sale por un flanco, y sigilosamente, agazapándose, un joven de quince ó dieciséis años, casi un niño, llevando el fusil en la mano; tuerce un poco á la derecha y avanza de frente al enemigo, hacia donde es menos intenso el fuego.

De cuando en cuando, los rayos del sol arrancan vivos destellos de un objeto metálico que el joven lleva al costado. Poco á poco, y arrastrando este, va avanzando.

III

Entre tanto, la situación del batallón iba siendo cada vez más comprometida: el fuego arrecia horrorosamente por ambas partes; las municiones empiezan á escasear; dentro de una hora, quizá de media, se habrá disparado el último cartucho.

El jefe del batallón manda replegar á su gente, con objeto de reforzar el frente más amenazado; la charanga se coloca en el centro; se va á intentar un último esfuerzo.

De pronto rasga los aires un toque agudo y vibrante; parece venir de allá lejos, de las posiciones del enemigo: es el toque de «¡A la bayoneta!» Todo el mundo levanta los ojos y ve, con sorpresa, que la bandera española ondea en la altura ocupada por el enemigo. Entonces ocurrió una cosa sublime, grandiosa. En un segundo, todas las bayonetas están caladas.

La charanga deja oír los bélicos compases del himno del batallón, y avanzan los bisoños á paso de carga en impetuosa acometida. No les detiene en su avance el fuego, cada vez más nutrido, del enemigo; todos llevan la vista fija en la sagrada enseña de la patria, cuyos colores obran sobre aquellos héroes como irresistible imán.

Llegan á la mitad de la loma terriblemente diezmados, pero no importa; allá en lo alto se agita al aire la bandera española, y allá es preciso llegar. De allá vienen, cada vez más enérgicas y vibrantes, las notas de ¡A la bayoneta! La charanga les sigue, enardeciéndolos

la sangre con su himno querido. Sus jefes y oficiales marchan á la cabeza, gritándoles: —¡Arriba, muchachos! ¡Viva España!

Llega un momento en que se detienen y vacilan; una espantosa descarga cerrada ha tumbado en tierra á un centenar de soldados, y hace que se detengan en su avance. Mas aquello dura un instante. Vuelven á oír el toque de la corneta, y esta vez es más enérgico, más desesperado; parecía el último grito de angustia de un alma herida, el último y postrer llamamiento que les dirigía su bandera.

Se rehacen instantáneamente y vuelven á la carga, con impetu salvaje, loco; los que caen, sólo tienen un grito:

—¡Arriba! ¡Arriba!

Ya no se oyen las cornetas. Sus notas se han apagado súbita y enérgicamente. Ya están cerca de la cumbre. La bandera sigue enhiesta; pero ven que un grupo de moros pretende arrancarla de las manos de un soldado, casi un niño, que la defiende desesperadamente.

Como leones escalan las últimas peñas y llegan arriba. Entonces se entabla una lucha cuerpo á cuerpo, sublime, heroica, que, en medio de lo trágica, es de una grandeza infinita, acabando por ser desalojado el enemigo de todas sus posiciones.

IV

Agarrado fuertemente á su fusil, que clavado por la bayo-

neta en el suelo, servía de mástil á la bandera de España, estaba tendido en tierra su heroico defensor.

Acribillado á balazos, con el rostro cubierto de sangre, yacía el pobre cornetilla, que, siendo un niño, supo morir como un hombre. Una de las puntas del sagrado trazo le rozaba la helada frente cual si fuese ósculo amoroso con que la madre patria glorificaba á aquel niño.

Todos sus compañeros le rodeaban descubiertos, y en todos los rostros, negros del humo de la pólvora, se veía la intensa emoción que les embargaba.

Toca el cornetín á formar, y allí, delante del batallón, se adelanta el teniente coronel, y quítanse la insignia de la cruz laureada de San Fernando, la coloca en el pecho del cornetilla; la fuerza presenta armas, la charanga toca la Marcha Real, y en aquel momento solemne se oye la voz del teniente coronel que, velada por la emoción, grita:

—Muchachos, ¡viva el héroe! ¡Viva el batallón de Madrid! ¡Viva España!

Un viva inmenso, clamoroso, retumbó en las próximas montañas, tras las cuales se ocultó en aquel momento el sol, cual si hubiese querido contribuir con su presencia á rendir aquel último homenaje.

GERMÁN CUADRADO (Gee).

Festones para bordar, Fuentes, 7.

EL INVIERNO DE LA VIDA

No busques en el invierno
ni colores ni armoñas,
cuando el sol no abriga el suelo...
no hay rosas, sólo hay espinas.

Buscaba por su jardín
una venerable anciana
las flores de su rosal,
que tantos años cuidara...

Desilusión... desencanto...
hojas secas nada más
se ofrecieron á su vista
que se obscurecía ya,
entre sus cabellos blancos
y los surcos de su edad.

Exhaló un hondo suspiro...
y acariciando al rosal...
brotó la sangre en sus manos...
el dolor la hizo llorar...
y sus lágrimas cayeron
al pie del mismo zarzal.

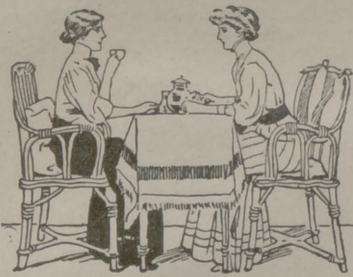
¡Rosal amigo! ¿Te acuerdas
de mis cuidados y afán?

Yo te planté pequeñito,
hoy formas gran matorral,
y aunque tus negras espinas
me clavaste sin piedad,
ingrato á mis sacrificios
burlando mi ancianidad...

Tú velarás noche y día
en mi lecho sepulcral,
y en los brazos de la cruz,
timbre de la cristiandad,
cuando tu vida retoño
con el sol primavera,
brotarás rosas á cientos
en aquel santo lugar...

Y cuando al abrir su caliz
perfume vengán á dar,
mustias y secas tus flores
sobre mi tumba caerán.

PILAR SUÁREZ.



Charlemos.

—Se ha dicho que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma. Creo que esto no me lo negaréis. Bien; Perogrullo, vosotras y yo, conformes. Pero la mujer no lo es, puesto que de ella no se ha dicho nada. También conformes, ¿eh? Ya sé que vosotras me diréis que al hablar del hombre se trata de la mujer, pero yo os lo niego. No es así. Creo que hay tanta y tanta diferencia entre el hombre y la mujer, que mejor formaría yo de ellos dos especies zoológicas. Harto sabida será para vosotras la manera de explicarse la Creación algunos. Hay quienes están conformes con el Génesis; pero hay otros que explican este problema de la siguiente manera: Dios creó a los diferentes animales, mejorando las especies poco a poco, hasta que creó al mono, luego al orangután, y queriendo por fin hacer otro a la semejanza del que había de ser hombre, hizo a la mujer. No os ofendáis. Esa es mi opinión...

—Yo mejor creo que sois el más bello objeto de la Naturaleza, ni siquiera os comparo con el mono: os creo menos inteligentes. Sólo la mujer pasa a la categoría de persona, cuando es madre. Pero antes no pensáis: existís nada más. Víctor Hugo pone en boca de Tholomyes «La mujer mira a la serpiente, como el comerciante a la tienda de enfrente».

...¿Será verdad?... Esto decían unos muchachos que se preciaban de saber mucho y de pensar más. Pero llegaron un día a enamorarse. Entonces, ¡ay!, entonces fué cuando conocieron su error. Decían luego:

—¡Habría dicha más cierta que una palabra de amor salida de unos labios grana, y vivificada por el mirar de unos hermosos ojos!...

—El amor que despertáis vosotras, cuando es primerizo, es leve, muy exteriorizado, pero muy poco sentido. El amor del ahitado es sumo amor. Yo he pensado que unos ojos verdes no decían nada... ¿Acaso? Creo que sí lo he pensado; pero aquel tiempo ya pasó. Hoy, ¡triste de mí! En mí, ahora, los ojos verdes me denotan un romanticismo poético, sí, ¡por qué no decirlo? Los azules... ¡no sé!; los negros me enloquecen; los pardos me fascinan; todos, en fin. Padezco el mal espiritual que se llama neurastenia de las miradas. Creo que es así. Donde esté la mujer para mi ahito corazón, que se retiren las bellezas todas de «natura».

Esto decía un modernista... ridículo. Este no sentía entonces sino vanagloria de llamarse enamorado en su senectud.

... Y, sin embargo, entre sus emborronadas cuartillas se veía de vez en cuando, en el margen, en el revés, en el claro de un punto y aparte, un nombre femenino. Y al llegar sus ojos a él dejaban escapar una lágrima. Aquel nombre representaba el primer amor.

A este otro en vuestra vida le habréis oído hablar de amor. Ya ha dicho repetidas veces que no lo comprende. ¡Claro, sus libros le entretienen más! La Química... ¡ah, la Química! Este fué su flaco. ¡La eterna variación de los cuerpos! ¡Los fenómenos siempre nuevos!...

—¡Ah! Sí, ya sé cómo es la mujer: la retorta, el matraz, donde hay un cuerpo esperando la reacción. Ese cuerpo es el amor; la reacción es el frenesí

y el otro cuerpo... ¡Oh, el otro cuerpo no lo sé definir!

Quizás sea el radium con su fluido imponderable capaz de originar atracción. ¡Yo no poseo ese radium!

Y luego ese hombre, acabado de trabajar, marchaba al campo a meditar para evitar su tedio.

Hizo un descubrimiento, y más que los aplausos de los sabios, le agradaba la admiración de las mujeres. Una que le admiró más le probó que en su alma había radium.

—El hombre se debe casar, pensándolo mucho. El amor es una materia que, como procedente de la voluntad, debe estar regida por leyes inmutables. El hombre se debe casar, pensándolo mucho. Tanto tengo yo, pues voy a formar una sociedad de gananciales con Fulanita, y así lograremos vivir más cómodamente.

Luego éste, que habréis adivinado que era un hombre de leyes, se casó enamoradísimo con una muchachita de pocos años. Pero tal fué el matrimonio, que se decía por los vecinos: ¡Qué locura! ¡Ni que fuera un chiquillo para casarse así!

Menganito dijo:

—¡Qué monilla que es Aurorita! ¡Pero es tan fría!

—La de D. Eustaquio es guapita, pero es tan delgada—dijo un Juan.

—Emerencianita sería hermosa... sino tuviera esas narices—dijo otro.

—Micaela... ¡ah, Micaela!...

Y todos cuantos hallaron algún defecto en muchachas determinadas, llegaron luego a encontrarlas adorables. Muchos casaron con ellas, ¿no?

Pero lo cierto es que unos y otros, unos despreciando a las mujeres y otros riendo del amor, lo cierto, digo, es que todos hemos de ir a parar a manos de unas y otros, ó mejor a ellas, mediante el otro que nuestro químico llamaría radium, ó, en su busca, para de tal forma gozar de la vera vida, que sólo se encierra en un mirar de tan bellos

ojos como son los de las muchachas que leen estas conversaciones.

No blasonemos de fríos como los tantos Fulanitos y Mengañitos que marchan por el mundo sin ver, pues sólo así conseguiremos que la mujer nos atienda cuando en el dolor de nuestra alma le pidamos un poco de la medicina que sólo en su corazón se hace, y que sólo por sus palabras se nos puede administrar.

Amemos, sí, pero amemos con todo el ardor de nuestra juventud, que acaso en nuestros pesados años de la cuesta abajo no podamos hacerlo con el frenesí que ahora; y para que en ellos, años tristes, hallemos entre nuestros papeles en el marco de algunas cuartillas, en el claro de un punto y aparte, algún nombre que sea la representación de nuestro primer amor, la marca indeleble de lo que fué nuestro primer paso a la vera vida. Que este nombre, que en otro tiempo haya sido de dicha en el entonces de nuestra senectud, lo será de consuelo.

El amor en el presente es verdad é infinita dicha, y en el futuro recuerdo consolador.

Tal es la vida del espíritu.

FEDERICO SOLER

A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

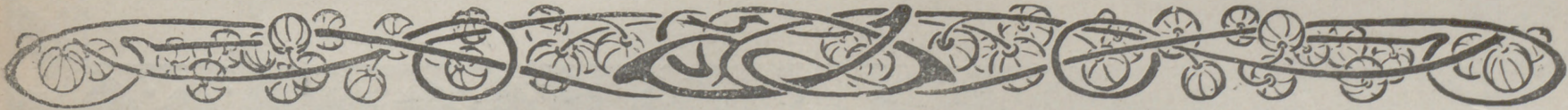
Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G.^o Labiano*. Plaza Santa Cruz, 1. Esquina a la de Bolsa.

FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España: **San Alberto, 1, Madrid**

Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. Villanueva, 17. Madrid.



Nombre para bordar en ropa blanca.



LA MODA PRÁCTICA

